

FORTALECIENDO LA CULTURA DE LA SOLIDARIDAD

Luis Ugalde

I Introducción

El tema de la ética siempre debe ser tratado con un cuidado especial para no caer en el autoengaño, pues en esta materia las palabras de los corruptos no se distinguen de la de los honestos, se diferencian los hechos. Pero además en nosotros mismos es frecuente el engaño de creer que la formulación de planteamientos éticos conlleva las prácticas correspondientes. Si por formulaciones, discursos y proclamas éticas fuera, América Latina competiría por el lugar más ético del mundo y sin embargo ocupamos un destacado puesto de deshonor en la corrupción pública y en el contraste entre ricos y pobres y su brecha creciente.

Si a este Encuentro se invitara a los diez hombres considerados más corruptos en nuestros países, sus conferencias sobre la ética, la honestidad y la virtud social de la solidaridad, serían más elocuentes que las nuestras.

Por otra parte en las sociedades hay tendencias envolventes que crean un clima general que favorece o dificulta grandemente determinado valor ético. Los actores particulares pueden acentuar éste, pero si no tienen muy presente que el viento envolvente va en contra, pueden ser víctimas de su ingenuidad ineficaz.

Daniel Bell en un libro iluminador que hace reflexionar sobre las contradicciones entre economía y cultura, escribía hace más de 20 años:

“La quiebra del sistema valorativo burgués tradicional (puritanismo), de hecho fue provocada por el sistema económico burgués: por el mercado libre para ser precisos. Esta es la fuente de la contradicción del capitalismo en la vida norteamericana”. (Daniel Bell “Las contradicciones Culturales del Capitalismo” 1977 p. 64).

Algo similar pasa hoy con la cultura de la solidaridad, que es esencial para la exitosa sobrevivencia de nuestros países y aun de la humanidad, pero al mismo tiempo es boicoteada por la dinámica

económico-tecnológica actual, que refuerza y despliega una cultura exitosa de “individualismo posesivo” que fácilmente relega la solidaridad al mundo marginal de los bellos y piadosos sentimientos que sólo parecieran oportunos en algunos momentos de desgracia.

Con esto quiero decir que debemos ser muy conscientes de que la “solidaridad”, por mucho que la echemos de menos, es una virtud que tiene especial dificultad ambiental para desarrollarse con eficacia y presencia en la vida social, política y económica actuales. Por ello mismo debe ser cultivada con particular esmero.

El “individualismo posesivo” viene avalado por los éxitos de la economía y la tecnología moderna avanzada y de estos recibe su alto status y consideración. Sin embargo estos éxitos van acompañados de límites y vacíos de humanidad en las sociedades “adelantadas”, y de negación de oportunidades humanas para la dignidad y la vida de la mayoría de la humanidad, sobre todo de los países pobres. El individualismo posesivo, si no tiene fuertes contrapesos culturales, produce el “darwinismo social”, es decir la sobrevivencia exitosa de la minoría más fuerte y la exclusión del resto.

El individualismo posesivo, o mejor dicho las dinámicas económico-tecnológicas y de poder que lo alientan, fomentan la exclusión dentro de los países, el conflicto entre las naciones y la destrucción de la naturaleza; es decir, promueve un crecimiento insostenible en el mundo; en contra del proclamado “desarrollo sostenible”.

Por eso aparece hoy más urgente la necesidad de la solidaridad. Necesidad muy sentida pero que no necesariamente cuenta con la pronta disposición de moderar y corregir el individualismo para lograr una fecunda relación dialéctica entre ambos principios humanos.

Nuestras reflexiones las hacemos desde la experiencia universitaria, desde la búsqueda de la enseñanza efectiva de la solidaridad y con la pregunta ¿cómo formar nuevas generaciones de profesionales con sentido de solidaridad que atraviese su vida y su ejercicio profesional?.

II Solidaridad y Sociedad Global

La globalización es un hecho fundamentalmente como producto de la dinámica económico-tecnológica; por tanto es portadora de un triunfante “individualismo posesivo” cultural y del “darwinismo social” entre sectores, pueblos y naciones. Basta abrir los ojos y ver los resultados en las condiciones de vida de más de la mitad de la humanidad.

Pero la globalización no es unidimensional, y, si bien en esta forma dominante y asimétrica trae mucha miseria, abre también nuevas oportunidades y conciencia más viva de la necesidad de la solidaridad (justamente por falta de ella) en todas sus manifestaciones internacionales. Solidaridad entre pueblos, razas, religiones distintas, que, desde su variedad constituyen una única identidad humana.

Para expresar en pocas palabras un horizonte claro de lo que es el reto actual para la fecunda solidaridad humana que corrija la globalización economicista, asimétrica e individualista, presentamos una breve cita de hace más de 30 años de Pablo VI en su encíclica **Populorum Progressio**:

“el desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad. Nos lo decíamos en Bombay (en 1965): “El hombre debe encontrar al hombre, las naciones deben encontrarse entre sí como hermanos y hermanas, como hijos de Dios. En esta compresión y amistad mutuas, en esta comunión sagrada, debemos igualmente comenzar a actuar a una para edificar el porvenir de la humanidad”. (Pablo VI Populorum Progressio 1967 nº43).

La actual asimetría en la globalización no sólo consiste en el terrible y creciente contraste entre países ricos y pobres, sino también en que la dominante lógica económica de los más fuertes da alas al individualismo posesivo, mientras que la solidaridad todavía carece de la necesaria coherencia y generalización.

Vemos movimientos de solidaridad **en organizaciones sociales no gubernamentales, en la comunicación y colaboración de las iglesias, en el voluntariado** que trasciende las fronteras, en

protestas, en algunos festivales musicales a favor de damnificados o de otras causas nobles. Pero todo ello es muy insuficiente, como limitadas eran las obras de caridad hace un siglo para revertir la negativa evolución de la miseria y el conflicto en las sociedades hoy prósperas. **Es necesaria una institucionalidad, una autoridad, unos presupuestos de solidaridad** apoyados decididamente por los estados y por las grandes empresas...

Así mismo son necesarios grandes trasvases de recursos para potenciar a los más débiles y brindarles oportunidades de desarrollo e iniciativa propia. Algo de esto se ha visto por ejemplo en la creación de la Europa Unida con trasvase de miles de millones de dólares para potenciar y nivelar las regiones más pobres de Italia, Grecia, España y Portugal.

Lo mismo pasa en la defensa y cuidado del medio ambiente; hay que pasar al obligatorio cumplimiento de los acuerdos tomados y de otras responsabilidades en defensa del futuro ambiente.

Como ocurrió desde hace más de un siglo dentro de las naciones, las políticas económicas, legales, institucionales de bien común, no sólo nacen de sentimientos de solidaridad, sino también de un egoísmo ilustrado” o bien informado que llega a comprender que si las mayorías no pueden vivir dignamente, tampoco habrá paz, convivencia y seguridad para las minorías privilegiadas.

Por eso hay que buscar alternativas de construcción de espacios transnacionales y unidades metanacionales que combinen dialécticamente el individualismo y la solidaridad, el mercado y el estado, los trasvases de recursos de inversión, la ciudadanía y la nueva conciencia de humanidad, plural y variada.

II.1 Qué entendemos por Solidaridad

La solidaridad no es mera tolerancia del otro; como una concesión que le hacemos o un permiso que le damos para que siga existiendo. Es mucho más, es afirmar al otro en sí mismo y hacerlo de tal manera que en su realización esté en juego la mía y en su fracaso nuestra derrota. La solidaridad afirma al otro (a los otros, sean individuos, sectores sociales o países), no como un instrumento útil para nosotros, sino como un absoluto en sí, no

instrumentalizable. Hoy la solidaridad no se restringe al cercano borde de la aldea homogénea, sino que se expande hasta el último confín del mundo diverso. Ya es un hecho que nuestros productos de consumo y de entretenimiento llegan hasta allá (o los de ellos hasta nosotros) en alas de la economía, pero la solidaridad, que es el aceite compartido que hace posible construir una humanidad humana, sólo circula a cuentagotas.

La solidaridad incluye:

- a) **Un sentimiento** profundo y operante que nos relaciona con la suerte humana de aquellos con quienes nos sentimos unidos. Afecta a nuestra voluntad y querer. Por eso es fuente fecunda de iniciativas y organizaciones voluntarias.
- b) **Una acción en favor de** y en **conexión con**, aquellos con quienes somos solidarios.
- c) Una **comprensión** racional de las relaciones, efectos e implicaciones de nuestras acciones. Es decir una comprensión causal de los efectos positivos o negativos, de lo que hacen las personas, las empresas, los gobiernos sobre todo en aquellos cuya vida está negada o en peligro. Esta comprensión causal y racional es fundamental para superar la actual inconsciencia individualista, que con frecuencia no se entera de las terribles consecuencias para otros, de lo que hacemos o decidimos en este mundo tan interconectado o de las muy positivas repercusiones de otras conductas y decisiones nuestras.
- d) **Una institucionalidad.** No estamos hablando de acciones individuales solamente. Los grandes multiplicadores de la solidaridad o de la insolidaridad son las instituciones. En el siglo XX (en contraste con el XIX) se construyeron grandes y eficaces instituciones nacionales diseñadas por razones de solidaridad y de bien común como vasos comunicantes para reforzar a los más débiles. Nos referimos a los presupuestos públicos de educación, de salud y otros; a los sistemas solidarios de seguridad social; al conjunto de leyes que constituyen el estado social de derecho. Por ejemplo fuera de una cultura de solidaridad no sería aceptable que nos quitaran entre 30 y 60 por ciento de nuestros ingresos

mensuales para engrosar el fondo común que se llama presupuesto nacional cuyo origen y uso es de solidaridad. Tanto se avanzó en esto que en 1997 en la Unidad Europea por ejemplo la carga tributaria del ciudadano (incluyendo seguridad social) en promedio fue del 42,7% del PIB, en Suecia del 52,7% y en los países escandinavos en general de más del 50%. Seguramente si estas instituciones no se hubieran creado y hubiera que hacerlo con la actual cultura individualista, no se podría; pero se construyó a partir de la terrible experiencia de la industrialización salvaje, sin leyes, ni controles que llevó a finales del siglo XIX a las sociedades más desarrolladas económicamente al borde de la guerra social y de la exclusión con una inmensa masa proletaria en la miseria y deseosa de acabar con el sistema que los explotaba y excluía. Las consecuencias del individualismo desatado llevó a valorar la solidaridad en muchas formas e incluso a comprender que, si no se creaban condiciones de vida para todos, no las habría para nadie. Así el papel del mercado y de la dinámica económica fue enmarcado dentro de una institucionalidad más solidaria y regulado y encauzado por el Estado hacia el bien común.

Hoy en muchos aspectos de la vida latinoamericana y de la dinámica global estamos en un contexto similar que requiere de la **solidaridad** comprendida en sus diversos aspectos.

Comprensión cultural de:

- a) La solidaridad **como elemento antropológico constitutivo** de la persona y de la humanidad(que complementa y corrige al individualismo, que es también constitutivo).
- b) La solidaridad como **sentimiento y voluntad, es decir solidaridad afectiva.**
- c) **La comprensión causal racional** de la solidaridad.
- d) **Institucionalidad pública, legalidad y efectos presupuestarios** que hacen más amplia y efectiva la solidaridad.

Una fuente central de solidaridad es la religión, **las religiones**, que con diversas formulaciones la alimentan.

Sin embargo es fundamental enseñar a conectar, como lo vemos en los profetas del Antiguo Testamento y en Jesús en el Nuevo Testamento, el amor de Dios con el amor al próximo y buscar la relación del sentimiento religioso y la buena intención con la efectiva acción solidaria, sin pasar de largo frente al necesitado. Igualmente necesaria es la conexión operativa de ese sentimiento religioso con la acción profesional, con la política, económica e institucional, donde la solidaridad desarrolla todas sus potencialidades multiplicadoras. Esto unido a la acción voluntaria de las iglesias y de las múltiples formas de organizaciones de la sociedad civil.

III Universidad y Formación en y para la Solidaridad

Pareciera que también en el ambiente universitario el individualismo posesivo tiene predominio cultural y hasta status científico. En cambio la solidaridad queda relegada al mundo de las consideraciones piadosas de las almas buenas, que todavía quedan. Si todo se deja a la inercia ambiental y académica, estaremos produciendo profesionales para ser individualmente exitosos, pero no para revertir la negativa marcha de nuestros países latinoamericanos, ni la creciente brecha entre ricos y pobres, ni las precarias condiciones de gobernabilidad, ni el cuidado del medio ambiente... que son componentes esenciales del desarrollo sustentable. Hoy debemos reconocer que América Latina va perdiendo la batalla por un lugar digno en la globalización y avanza hacia un desarrollo no sustentable.

La **solidaridad** es indispensable para revertir la actual marcha negativa y por ello es necesario plantearla explícitamente y diseñar en cada universidad una estrategia formativa integral expresada en los currícula.

La solidaridad, para que sea algo operativo, debe pasar por la **cabeza** (lo que pensamos y entendemos), por el **corazón** (lo que

sentimos y queremos), y por las **manos** (lo que hacemos), como dice el P. Kollenbach. Esto es básico en toda estrategia de formación universitaria; para ella hay que incluir su aprendizaje, en los créditos y en las actividades universitarias que deben considerar:

- 1) El **conocimiento contemporáneo** de la realidad nacional buscando la comprensión causal de la pobreza e inequidad, al tiempo que se entiende la interdependencia de las acciones y cómo influye en otros lo que hace un país, un sector social, un grupo de profesionales, una empresa, un equipo de gobierno... Tanto para lograr oportunidades de vida digna para todos, como para privar de ellas a las mayorías, es importante (y no neutral) lo que uno hace con su vida y su profesión.
- 2) Así mismo hay que hacer un explícito cultivo del **sentido del bien común** y de lo **público**, partiendo del hecho de que actualmente la política está desprestigiada y lo público tiene mal cartel a causa de la ineficiencia y de la corrupción; lo que lleva a reforzar el individualismo y dejar la actividad pública en manos de inescrupulosos, de incapaces o de fuertes intereses como el narcotráfico.
Sin sentido del bien común y de lo público no se construye la solidaridad, sino una yuxtaposición social sin coherencia y siempre al borde de la ingobernabilidad. Algo similar debemos decir de la solidaridad latinoamericana para que este continente no naufrague en la globalización, sino que se desarrolle como un bloque fuerte, coherente, consciente de sus intereses y capaz de negociarlos. También la solidaridad internacional requiere esta nueva comprensión causal.
- 3) Más importante es el modo de aprender y cultivar la **solidaridad como sentimiento**. Para ello es **fundamental la vivencia de trabajo programado y constante con los sectores de menores recursos**. Ahí es donde se descubre y alimenta el sentimiento y compromiso de solidaridad con las personas. Esta vivencia lleva a comprender que la pobreza no son estadísticas y gráficos, sino que tiene rostros humanos y vida y que la falta de solidaridad mata inocentes.

Desde el compromiso universitario en la acción, se busca una comprensión y un enfoque de cada carrera y de su ejercicio en el país capaz de cambiar la actual tendencia negativa.

Aprender a trabajar con los pobres en lo que los potencia y fortalece, y a mirar desde ahí la Sociedad, la Universidad y el futuro ejercicio de la profesión propia o de la responsabilidad empresarial, es el camino para desarrollar la cultura de la solidaridad en la acción y para la acción competente e ilustrada (con comprensión de causalidades y efectos).

Actualmente, no sólo los saberes universitarios están divididos en parcelas sin visión de conjunto, sino también los estamentos sociales, los barrios y las urbanizaciones; en parte debido a la inseguridad, en parte a fenómenos culturales y en parte al creciente encerramiento en ghettos atrincherados y llenos de prejuicios.

Por esta razón las pasantías, el servicio universitario, las tesis y trabajos bien asesorados, tienen que ofrecer a los estudiantes de sectores más acomodados la oportunidad vivencial de encontrarse y solidarizarse con los pobres y también de entender, desde la profesión y desde la responsabilidad ciudadana, la manera de construir una sociedad y un mundo solidario con oportunidades de vida digna para todos.

De esta manera, no desaparece el individualismo no posesivo (que por lo demás es una realidad antropológica), sino que es matizado y complementado por la solidaridad.

Lo que decimos de pasantías dentro de un país sirve análogamente para los otros programas estudiantiles de intercambio con otros países y la creación de la cultura de solidaridad latinoamericana.

El descubrimiento de los fines humanitarios de la humanidad entera y del camino solidario para alcanzarlos, da sentido y orientación a los logros económicos, al crecimiento y al mercado, como instrumentos al servicio de la persona.

4) Al mismo tiempo hay grandes proclamas morales de jefes de estado y otros, a las que es tan dada nuestra cultura latina, casi siempre sin trascendencia ni intención operativa. Es necesario no continuar en este engaño declarativo y **encontrar los medios para**

que esos fines deseables puedan hacerse realidad con planes operativos específicos.

Cierto desarrollo del pragmatismo instrumental y el aprendizaje a poner los medios eficaces y razonables para alcanzar los fines humanos, debe formar parte de la nueva cultura de solidaridad que necesitamos construir. De lo contrario los propósitos moralistas de hoy no se diferenciarán de los de ayer y su impotencia y autoengaño tampoco.

5) Las universidades para llevar adelante esta tarea requieren **una buena formación de docentes y de formadores en solidaridad**, poner en común las experiencias, los materiales, incrementar los intercambios humanos; así en poco tiempo habrá toda una manera de formar en solidaridad que vaya ganando prestigio y ciudadanía en las universidades. Si se presupone que ya están esos profesores y que ya se tiene la especial metodología de comprensión y vivencia con reflexión y acción, se fracasará.

Al mismo tiempo las universidades contribuirán a que la solidaridad con sus instrumentos de acción crezca en los sectores más pobres y despierten en estos sus talentos humanos y cualidades hoy ignoradas y su sentido de dignidad activa.

6) La ética de la solidaridad no es un último sombrero que se pone a la carrera universitaria, es más bien la sangre que fluye desde el principio en todas las disciplinas y alimenta la visión, el sentimiento y la voluntad. La Universidad es para la Sociedad y en el éxito ó fracaso que ésta tenga en la producción de oportunidades de vida para todos (incluidos los hoy negados), consiste el último examen. Si no lo aprueban, seremos reprobados en la responsabilidad de construir una sociedad para la vida de todos.

Tegucigalpa, septiembre de 2001